ACTO V.

Anochece. — Aposento del músico.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, sentada sin decir palabra en un rincon oscuro, reclinando la frente en la mano. — Tras largo y profundo silencio, MILLER se acerca trayendo una linterna, mira en torno suyo inquieto sin ver á Luisa, y luego deja el sombrero y la linterna encima de la mesa.

MILLER.

TAMPOCO está aquí... tampoco. He recorrido todas las calles, me avisté con todos mis amigos, á todas las puertas llamé, y en ninguna parte han visto mi hija. *(Pausa.)* ¡Paciencia, desdichado padre!... Aguardemos hasta mañana; tal vez lleve el rio el cadáver de mi única hija. ¡Oh Dios! Si mi corazon la amara con tal idolatría que... Duro es el castigo... Padre Omnipotente... harto duro. No quiero murmurar, pero el castigo es bien duro. *(Se echa en una silla, traspasado de dolor.)*

LUISA. — *(Desde el rincon.)* Haces bien, pobre anciano; aprende á sufrir todavía.

MILLER. — *(Levantándose.)* ¿Estás aquí, hija? ¿Estás aquí? ¿Por qué sola y á oscuras?

LUISA. — No estoy sola; entre tinieblas veo mejor lo que más me complace.

MILLER. — ¡Dios te libre de ello! Sólo el gusano roedor de la conciencia está en vela como el buho. Los culpables y los malos huyen de la luz.

LUISA. — Tambien la eternidad, padre mio, habla á las almas desvalidas.

MILLER. — ¡Hija mia! ¡Hija mia! ¿qué dices?

LUISA. — *(Levantándose, se acerca.)* Ya sabes, padre mio, qué penoso combate hube de sostener. Dios me concedió la fortaleza; el combate ha terminado. Suelen decir que nuestro sexo es débil, frágil; no lo creas, padre mio. Una araña nos asusta, y ahogamos en nuestros brazos, como por juego, el monstruo de la destruccion. Óyeme, padre; tu Luisa está contenta.

MILLER. — ¡Ay, hija de mi alma! Más quisiera que llorases.

LUISA. — ¡Cómo he de aventajarle en astucia, padre mio!... ¡cómo engañaré al tirano!... El amor es más listo que la maldad, y más osado tambien. ¡Oh! Esto no lo sabia el hombre ese, muy engalanado con su siniestra condecoracion al pecho!... Mientras sólo tienen que ver con la cabeza, son muy hábiles; pero cuando tratan de prender al corazon, los malos se vuelven tontos. ¿Creyó rematar su maldad con un juramento? Un juramento ata á los vivos, pero la muerte rompe las cadenas de hierro. Fernando conocerá á su Luisa. ¿Quieres encargarte de ese billete, padre?... ¿serás tan bueno?...

MILLER. — ¿A quién va dirigido, hija mia?

LUISA. — ¡Vaya una pregunta! El recuerdo *de él* no cabe en el infinito, ni en mi corazon juntos... ¿A quién puedo escribir, sino á él?

MILLER. — *(Inquieto.)* Oye, Luisa; voy á abrir la carta.

LUISA. — Como quieras, padre mio, pero nada ade-

lantas con ello. Estas líneas no tienen vida y sólo resucitan á los ojos del amor.

MILLER. — (*Lee.*) « Fernando, eres víctima de la trai-« cion. Una maldad sin ejemplo rompió el vínculo de « nuestros corazones. Terrible juramento ata mi len-« gua, y tu padre apostó en todas partes espías... Pero « si te sobra el valor, amor mio... conozco un sitio, « donde ningun juramento podrá detenernos, ni ha-« brá espías que nos oigan.» (*Miller se detiene y la contempla con severa mirada.*)

LUISA. — ¿Por qué me miras así? Prosigue, padre mio.

MILLER. — « Pero será necesario que tengas bastan-« te valor, para entrar en una ruta sombría, donde « sólo te alumbre Dios y tu Luisa. Para llegar allí, « basta con que seas todo amor, y dejes á tu espalda « tus esperanzas y tus impetuosos deseos. No necesi-« tarás más que tu corazon. ¿Quieres? Ponte en cami-« no cuando dén las doce de la noche en el reloj de « los Carmelitas... Si tienes miedo... cesa de llamar « fuerte á tu sexo. Una doncella te habrá abochorna-« do. » (*Miller deja la esquela, fija con dolor la mirada delante de él; luego se vuelve hácia ella y le dice con voz cascada y tierna.*) ¿Qué sitio es ese, hija mia?

LUISA. — ¿No lo sabes, padre? ¿Realmente no lo sabes? Es raro. Harto bien descrito está para dar con él. Fernando le hallará.

MILLER. — ¡Hum! Habla más claro.

LUISA. — No sé cómo llamarle con un nombre grato... No te espantes, padre mio, porque le dé uno odioso... Ese lugar... ¡ah!... ¿por qué el amor no le dió nombre? El más bello le daria yo. Este lugar, padre mio... deja que lo diga todo... se llama la tumba.

MILLER. — (*Echándose en una silla.*) ¡Oh Dios mio!

LUISA. — (*Corre á él y le sostiene.*) No, padre mio; el nombre sólo es lo que causa terror. Sin él, conviér-

tese la tumba en lecho nupcial, donde la aurora despliega sus doradas cortinas y esparce sus guirnaldas la primavera. Sólo á un pecador lloron pudo ocurrírsele representar la muerte con un esqueleto, cuando es tierno niño de sonrosado rostro como el dios del amor, y menos falaz que él; genio silencioso y compasivo que ofrece su brazo al fatigado peregrino, y le sube por las gradas del tiempo hasta el palacio de eterno esplendor, donde le hace un amistoso saludo y desaparece.

MILLER. — ¿Qué proyecto es el tuyo, hija mia? ¿Quieres atentar á tu vida?

LUISA. — No digas esto, padre. ¿Será pecado, por ventura, abandonar una sociedad que no me soporta, para volar al sitio, de donde no quiero vivir desterrada por más tiempo?

MILLER. — El suicidio, hija mia, es el pecado más espantoso que pueda cometerse; el único que no admite el arrepentimiento, porque la muerte y el crímen son obra de un solo instante.

LUISA. — (*Con espantados ojos.*) ¡Horrible cosa!... Mas no será tan pronto; me echaré al rio, y mientras me vaya sumergiendo, invocaré la misericordia de Dios.

MILLER. — Es decir que te arrepentirás del robo, en cuanto lo hayas puesto en seguro. ¡Ay hija mia! Mira, no pretendas mofarte de Dios hoy que tanto necesitas de su auxilio... ¡Oh qué camino llevas andado ya!... Renunciaste á la oracion, y Dios misericordioso te retira su apoyo...

LUISA. — ¿Pero es crímen amar, padre mio?

MILLER. — Si amas á Dios, nunca tu amor será un crímen... ¡Cómo me agobias de pena, hija mia! ¡Me matas!... Pero no quiero agravar el peso que te abruma. Há poco hablaba, porque me figuré que estaba solo... Tú me has oido... ¿por qué ocultártelo por más tiempo? Fuiste mi ídolo. Oye, Luisa; si aún te resta

en tu corazon un lugar para el amor de tu padre... tú lo fuiste todo para mí. ¡ Y ahora quieres aniquilar mi único bien ! ¡ Voy á perderlo todo contigo ! ¿Ves ? empiezo á encanecer ; llega para mí el tiempo en que los padres recogen el interes del capital que depositaron en el corazon de sus hijos... ¿ querrás tú hacer traicion a mis esperanzas ?... ¿ querrás arrebatar á tu padre todo porvenir y todo bien ?

LUISA. — *(Besándole la mano , con violenta emocion.)* No , padre mio ; dejo este mundo con una gran deuda, y he de pagarla en la eternidad con usura.

MILLER. — Mira no te engañes en tus cálculos , hija mia. *(Grave y solemnemente.)* ¿ Nos hallaremos de nuevo allí ?.... ¿ Ves cómo palideces ?... Harto comprende mi Luisa , que no podré ir á buscarla al otro mundo, porque no he de lanzarme á él tan pronto. *(Luisa cae en brazos de Miller, sobrecogida de terror. La estrecha con ardor contra su seno, y continúa con voz suplicante.)* ¡Oh hija mia !... ¡ hija mia !... ¡ tal vez caiste, estás perdida ya !... Medita mis palabras. Vigilarte continuamente, me es imposible. Si te salvo del puñal , te matarás con una aguja ; si te preservo del veneno , puedes estrangularte con un collar... ¡ Luisa ! ¡ Luisa !... yo no puedo hacer más que advertirte... ¿ Cómo quieres arriesgarte á que tu engañosa ilusion se desvanezca á tus ojos , al llegar al terrible paso que une el tiempo con la eternidad ? ¿ Cómo te atreves á acudir á los piés de Aquel que todo lo sabe , y á mentirle diciendo , mientras buscas con los ojos á tu ídolo mortal : « Llego , Señor , por amor á Tí. » Y si el frágil ídolo de tu imaginacion , pobre gusano como tú , acusa tu confianza de mentira , y somete tus esperanzas fallidas al mismo Dios , que apenas osa implorar para sí mismo; dime ¿ qué pensarás entonces ? *(con mayor expresion)*... ¿ qué pensarás entonces , infortunada ? *(La abraza con fuerza , mirándola de hito en hito , y luego la deja súbitamente.)* Ya no sé más. *(Alzando la mano derecha.)* Héme á tus plantas ¡ justo Dios ! nada puedo hacer por esta pobre alma. Ahora haz lo que quieras. Ofrece á tu amante tamaño sacrificio que ha de regocijar al infierno, y alejar de tí á los ángeles. Vé ; carga con tus pecados , con el último , el más espantoso de todos , y si el peso es asaz ligero , mi maldicion va á completarlo... Ahí tienes un cuchillo... pásate el corazon... y... *(se aparta sollozando)* el de tu padre.

LUISA. — *(Se levanta y corre hácia él.)* Detente , padre mio. ¡ Será la ternura yugo más insoportable que la misma tiranía !... ¿ Qué debo hacer ?... no puedo... ¿ qué debo hacer ?

MILLER. — Morir , si los besos del Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre.

LUISA. — *(Tras violenta lucha.)* ¡ Padre , esta es mi mano !... Quiero... ¡ Dios mio !... ¿ qué hago yo ?... ¿ qué es lo que quiero ? Padre... te juro... ¡ desdichada de mí !... De cualquier lado que me vuelva , siempre culpable... Pues bien : padre , sea... ¡ Fernando !... Dios me ve... Perezca así su último recuerdo.

(Rasga la carta.)

MILLER. — *(Ébrio de alegría , se echa en sus brazos.)* Es mi hija !... Mira ; pierdes un amante , pero haces feliz á un padre. *(La abraza riendo y llorando á la vez.)* ¡ Ay hija mia !... No merecí ciertamente contar en mi vida un dia como ese. Sólo Dios sabe por qué , un canalla como yo , posee á este ángel... á mi Luisa... ¡ mi paraíso ! ¡ Dios mio ! Poco sé del amor, pero que sea un tormento renunciar á él... harto lo comprendo.

LUISA. — Pero dejemos este país , padre mio ; dejemos esa ciudad, donde mis compañeras se mofan de mí, y perdí para siempre mi reputacion... Vayámonos lejos, bien lejos de estos lugares que me hablan con mil recuerdos de mi felicidad perdida... Vayámonos tan lejos como sea posible.

MILLER.—A donde quieras, hija mia. En todas partes hay de qué comer, y gracias á Dios, oidos para mi violon. Sí; abandonémoslo todo. He de poner en música la historia de tu dolor, y cantaré las querellas de una hija que desgarró su corazon por hacer feliz á su padre. Con esa balada iremos mendigando de puerta en puerta; ya verás qué grata nos será la limosna de los que lloren oyéndonos.

ESCENA II.

Dichos.—FERNANDO.

LUISA.—(*Repara en él, y se echa en brazos de Miller, lanzando un grito.*) ¡Dios mio!... él aquí... ¡Estoy perdida!

MILLER.—¿Dónde?... ¿Quién?

LUISA.—(*Le muestra al Mayor, volviendo el rostro, y se agarra con fuerza á su padre.*) ¡Él! ¡Él mismo!... Alerta, padre; viene á matarme.

MILLER.—(*Mirando al Mayor y retrocediendo.*) ¿Usted aquí, baron?

FERNANDO.—(*Se acerca lentamente, se detiene delante de Luisa y fija en ella penetrante mirada. Despues de una pausa.*) ¡Vaya!... He sorprendido tu conciencia. Mil gracias. Tu confesion es terrible, pero pronta y segura... y me evita muchos tormentos. Buenas noches, Miller.

MILLER.—Pero, en nombre del cielo ¿qué quiere V., Baron? ¿Que le trae á V. aquí? ¿Por qué esta sorpresa?

FERNANDO.—Recuerdo que hubo un tiempo en que se contaban todos los segundos del dia, y el deseo de verme suspendia el corazon al péndulo del reloj, y se espiaban sus latidos hasta que yo llegaba. ¿Cómo es que ahora mi visita sorprende de tal modo?

MILLER.—Vaya V. con Dios, Baron. Si queda aún en su pecho una chispa de caridad, y no quiere matar de pena á quien dice amar, salga V. inmediatamente. El dia que puso V. el pié en esta casa, la abandonó para siempre la bendicion, y trajo V. la desventura donde reinaba el contento. ¿No está V. satisfecho todavía? ¿Quiere V. ahondar las heridas que hizo á mi hija la desgracia de conocer á V.?

FERNANDO.—¡Oh padre admirable! Vengo precisamente á traer á tu hija una alegre noticia.

MILLER.—Nuevas esperanzas, sin duda, y con ellas nueva desesperacion. Vé, ¡mensajero de desgracia! tu cara perjudica la mercancía.

FERNANDO.—Por fin logré cuanto deseaba. Lady Milford, que era el más terrible obstáculo á mi amor, acaba de abandonar ese país; mi padre por su parte aprueba mi eleccion. El destino cesa de perseguirnos, y brilla la estrella de ventura en el horizonte... Vengo, pues, á cumplir mi promesa y á conducir al altar á mi amada.

MILLER.—¿Oyes, hija? ¿Oyes cómo se burla de tus esperanzas fallidas? ¡Oh! En verdad, Baron, que es bello espectáculo ese... ¡ver al seductor añadiendo al delito el sarcasmo!

FERNANDO.—Piensas que me chanceo. Juro por mi honor, que es tan cierto lo que digo como el amor de mi Luisa, y estoy dispuesto á sostener mis palabras, del mismo modo que Luisa sus juramentos. No sé que haya algo más sagrado... ¿Dudais todavía?... ¡Cómo el júbilo no colora las mejillas de mi linda esposa!... es raro. Sin duda aquí la mentira es moneda corriente, cuando se concede tan poco crédito á la verdad. Si desconfiais de mis palabras, dareis fe al menos á este testimonio escrito. (*Echa á Luisa la carta dirigida al*

Mariscal. Luisa la abre, y cae al suelo pálida como la muerte.)

MILLER.—(*Sin mirarla.*) ¿Qué significa eso, Baron?... No le comprendo á V.

FERNANDO. — (*Llevándole junto á Luisa.*) Ella me ha comprendido mejor.

MILLER.—(*Cayendo junto á ella.*) ¡ Oh Dios !... ¡ hija mia !

FERNANDO.— Pálida como la muerte. Así me agrada como nunca tu hija. Jamas estuvo tan bella tu honrada y piadosa hija, como así... con esta figura de cadáver. El soplo del juicio final, que borra el barniz de toda mentira, le arrebató el afeite con que engañara esta criatura artificiosa á los mismos ángeles... Muéstrase ahora en su mayor belleza, y tal como es... Déjeme V. que la bese. (*Intenta acercarse á ella.*)

MILLER. — ¡ Atrás !... ¡ sal de aquí !... No te atrevas con su padre. ¡ Pobre hija mia ! No pude preservarla de tus caricias, pero la defenderé de tus ofensas.

FERNANDO.— Anciano, ¿ qué pretendes ? Nada tengo que ver contigo. No te entrometas, pues, en un juego perdido á todas luces. Pero quizá estás más enterado de lo que supongo. Dime ¿ prestaste á la niña la experiencia de tus setenta años para sus galanteos ? ¿ Has manchado tus canas con oficios de tercero ?... ¡ Oh !... si no fuere así, desdichado anciano, baja la frente y muere... es tiempo todavía. Duérmete en brazos de sueño delicioso, balbuceando : ¡Cuán feliz padre fuí!... Más tarde, quizá arrojarias á su antro infernal á esta ponzoñosa víbora, maldijeras el bien que te dió y el que le diste, y bajarias á la tumba blasfemando de Dios. (*A Luisa.*) Habla, desdichada. ¿ Escribiste esta carta ?

MILLER.—(*A Luisa.*) ¡ Por el cielo !... ¡ hija mia !... no olvides... no olvides...

LUISA.— ¡ Aquella carta, padre mio !

FERNANDO. — ¿ Por qué cayó en tan malas manos ?... ¡ Ah ! bendita sea la casualidad, que acertó esta vez más que la razon, y fué más hábil que los mismos habilidosos... ¿ Casualidad dije ? ¡ Oh ! si no mueren los pájaros sin que Dios quiera, ¿ por qué no intervendrá tambien en la obra de desenmascarar á un demonio ? Habla, ¿ escribiste esa carta ?

MILLER.— (*A Luisa, suplicante.*) Firmeza, hija mia, firmeza. Un sí de tu boca, y todo habrá terminado.

FERNANDO.— ¡ Caso más gracioso ! ¡ Tambien engañado el padre, todos engañados !... ¡ Miradla ahí, á la indigna ! ¡ Hasta su lengua se niega á pronunciar esta última mentira !... Jura por Dios, por la terrible verdad, ¿ escribiste esa carta ?

LUISA. — (*Tras violenta lucha, mirándoles repetidamente, dice al fin con firmeza.*) Yo la he escrito.

FERNANDO. — (*Detiénese con espanto.*) ¡ Luisa ! no. Mientes, como hay Dios. ¡ Cuántas veces la inocencia, en el potro, se confiesa culpable de crímenes que no ha cometido ! ¡ Hice mi pregunta con tal violencia !... ¿ Verdad, Luisa, que has contestado porque mi pregunta te pareció violenta ?

LUISA. — He confesado la verdad.

FERNANDO.— No ; repito que no ; tú no has escrito la carta. Esa no es tu letra, y aunque lo fuese, más fácil es contrahacer la letra que perder un corazon. Dime la verdad, Luisa ; pero no... no lo hagas. Si dices que sí, estoy perdido. Miente, Luisa, miente. ¡ Ah ! ¡ si pudieras, si pudieras mentir con esa cara angelical ; persuadir á mis oidos y á mis ojos, más que debieras engañar indignamente mi corazon! ¡Oh Luisa ! Ya podia entonces la verdad ser desterrada del mundo y bajar el derecho la altiva frente con mojigangas y piruetas de palaciego. (*Con voz temblorosa.*) ¿ Escribiste esta carta ?

LUISA. — Juro á Dios, y por la eterna verdad, que sí.

FERNANDO. — (*Despues de una pausa, con muestras de*

profundísimo dolor.) ¡Ah mujer!... ¡mujer!... El semblante que ahora me muestras... Promételes con él el cielo, y no has de hallar comprador ni áun entre los condenados. ¡Si supieras lo que fuiste para mí, Luisa!... ¡Imposible!... no... no has sabido nunca lo que eras para mí. Decir todo... ¡mezquina, débil palabra! pero la misma eternidad no basta á contestarla... abarca la creacion entera. ¡Todo! ¡Y mofarse así criminalmente de esta palabra! ¡Oh! ¡es horrible!

LUISA.—Ya lo oyó V., señor de Walter; yo misma me condeno. Salga V. de esa casa, donde fué tan desgraciado.

FERNANDO.—Bien, bien; estoy tranquilo. Tambien de una comarca, azotada de la peste, se dice que está tranquila. Estoy tranquilo. (*Tras breve instante de reflexion.*) Una súplica, Luisa, la última. Mi frente arde; necesito refrescar; ¿quieres servirme un vaso de limonada?

ESCENA III.

FERNANDO y MILLER. Ambos se pasean á lo largo de la sala, sin decir palabra.

MILLER.—(*Se detiene y contempla al Mayor con tristeza.*) ¡Ah, querido Baron! ¡Si pudiera servir á V. de algun consuelo, saber que le compadezco con toda mi alma!

FERNANDO.—Dejemos eso, Miller. (*Da algunos pasos.*) Apenas recuerdo cómo vine á esa casa, Miller... ¿con qué motivo?

MILLER.—¿Cómo, señor Mayor?... Deseaba V. aprender la flauta; ¿se acuerda V.?

FERNANDO.—Y ví á tu hija. (*Pausa.*) Amigo mio, no cumpliste tu palabra. Debias proporcionarme calma en

mis horas de soledad, y me has engañado, vendiéndome escorpiones. (*Observando el gesto de Miller.*) No; no te vayas, anciano. (*Le abraza con emocion.*) Tú no eres culpable.

MILLER.—(*Enjugándose los ojos.*) Dios, que nada ignora, lo sabe.

FERNANDO.—(*Paseándose, sumido en lúgubres reflexiones.*) Dios juega con nosotros de un modo raro, incomprensible. Cuelgan á veces de imperceptibles hilos las más terribles cargas. ¿Sabia por ventura el hombre, que habia de hallar la muerte con tragarse la manzana?... Eh... ¿lo sabia? (*Se pasea muy agitado, y le coge la mano á Miller.*) Caras me han salido tus lecciones. Tú por tu parte sales sin ganar nada, y perdiéndolo tal vez todo. (*Se aparta de él.*) ¡Maldita música! Así no se me hubiese ocurrido nunca tal idea!

MILLER.—(*Intentando ocultar su emocion.*) Mucho tarda esa limonada.... Voy á ver.... con el permiso de V.

FERNANDO.—No corre prisa, Miller. (*Entre dientes.*) Sobre todo para el padre... Aguarda... ¿Qué iba yo á pedirte?... Ah, sí. ¿Luisa es hija única? ¿No tienes otros hijos?

MILLER.—(*Con calor.*) No tengo otros, Baron, ni los deseo tampoco. Con mi hija me basta para sentir henchido mi corazon... La amo, con todo el amor que encierra mi pecho.

FERNANDO.—(*Vivamente conmovido.*) ¡Ah!... vea V. si está esa bebida, amigo Miller. (*Miller se va.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

¡Su única hija! ¿comprendes, asesino? Su única hija, asesino, ¿oyes? Y este hombre nada posee en el mundo sino su violon y su única hija, ¡y tú quieres arrebatársela! ¡Arrebatársela! Robar á un mendigo su último dinero... romperle las muletas al infeliz paralítico... ¡Cómo! ¿Tendré tambien corazon para esto? Y cuando vuelva, sin que pueda sospechar siquiera que va á perder la dicha que le causa su hija, ha de hallar esta flor en el suelo, marchita, muerta, pisoteada, la última, la única, la suprema esperanza! ¡Ah! y él estará allí, delante de su hija, y la naturaleza entera no tendrá para él un solo soplo de vida, y atónito hundirá la mirada en el inmenso desierto... Buscará á Dios y no le hallará, y ha de volver sin haber descubierto nada. ¡Dios! ¡Dios! Pero tambien mi padre no tiene más que un hijo, uno solo... No es sin embargo su único bien. (*Pausa.*) ¿Y qué pierde con ello? ¿Hará feliz á su padre, por ventura, una mujer que juega con los más sagrados afectos del corazon? No; ni puede, ni ha de quererlo; ha de agradecérseme, por el contrario, que aplaste la víbora antes que muerda á su propio padre.

ESCENA V.

MILLER que vuelve.—FERNANDO.

MILLER. — Pronto estará V. servido, Baron. Allí tiene V. llorando á la pobre criatura, que parece que se muere. Lágrimas le dará á V. á beber con la limonada.

FERNANDO. — Mejor; así no hubiera más que lágrimas. A propósito... hemos hablado hace poco de música; Miller (*saca una bolsa*), le debo á V. todavía...

MILLER. — ¡Cómo! ¡cómo! Deje V., Baron, ¿qué se ha figurado V. de mí? Está en buenas manos... no me sonroje V. No ha de ser esta la última vez que nos veamos, si Dios quiere.

FERNANDO. — ¡Quién sabe! Tómala, para el caso de que vivamos ó nos muramos.

MILLER. — (*Sonriendo.*) Cuanto á lo último, Baron, me parece que no hay por qué temer, tratándose de V.

FERNANDO. — Pero puede ser. ¿No has visto morir algunos, en la flor de su edad, jóvenes y niñas hijos de la esperanza, desvanecida ilusion de sus padres? Un rayo, á veces, acaba con la vida, cuando no pudieron ni el tiempo ni el dolor... Tu Luisa tampoco es inmortal.

MILLER. — ¡Dios me la dió!

FERNANDO. — Te repito que no es inmortal. Pues la quieres como á las niñas de tus ojos, con alma y vida, sé previsor, Miller. Sólo al jugador desesperado se le ocurre ponerlo todo á una carta, y el mundo moteja de imprudente al mercader que fia toda su fortuna á un solo navío. Óyeme; acuérdate de mi consejo. ¿Por qué no tomas ese dinero, vamos á ver?

MILLER. — ¡Cómo, caballero! ¡todo ese enorme bolson!... ¿En qué está V. pensando?

FERNANDO. — ¡Pues!... en mi deuda. (*Echa la bolsa encima de la mesa, y se esparraman las monedas.*) No he de guardar eso eternamente.

MILLER. — (*Estupefacto.*) ¡Cómo! ¡Dios mio!... Eso no es plata. (*Se acerca á la mesa, y exclama con espanto.*) ¡Por el cielo, Baron!... ¿qué está V. haciendo?... ¿qué se propone V.? V. se equivoca, sin duda. (*Junta las manos.*) O estoy embrujado, ó así Dios me condene,

lo que tengo es oro, oro de ley. ¡Oh, no... no has de cogerme, Satanás.

FERNANDO. — ¡Estás bebido!

MILLER. — ¡Mil rayos!... ¿Pero no ve V. eso?... oro.

FERNANDO. — Y bien ¿qué?

MILLER. — ¡Pero con cien mil diablos!... Ruego á V. por Cristo que me diga... ¡oro!

FERNANDO. — ¡Realmente!... ¡Cosa inaudita!

MILLER. — (*Despues de una pausa, dirigiéndose á él conmovido.*) Caballero, le prevengo á V. que soy un hombre honrado... un buen hombre; si intenta V. hacer de mí su cómplice para una mala accion... porque harto sabe Dios que no se gana honradamente tanto dinero.

FERNANDO. — (*Conmovido.*) Tranquilízate, querido Miller; ganado tienes hace tiempo ese dinero. Dios me libre de querer comprar con él tu conciencia.

MILLER. — (*Saltando como un loco.*) ¡Entonces es mio! ¡Mio por la voluntad de Dios! (*Corre hácia la puerta, gritando.*) ¡Mujercita mia! ¡hija mia! ¡Victoria!... venid acá. (*Vuelve.*) ¡Dios de bondad! Pero ¿cómo ha sido que posea de repente ese monstruoso tesoro? ¿cómo lo he merecido? ¿cómo lo he ganado?

FERNANDO. — No ciertamente con tus lecciones de música, Miller... Con ese oro te pago (*se detiene sobrecogido de espanto*), te pago... (*con dolor*) el desdichado ensueño que por espacio de tres meses debí á tu hija.

MILLER. — (*Apretándole la mano.*) Si fuera V. un pobre plebeyo como nosotros, y mi hija no le amara á V., le juro que la mataba. Mas ahora que yo lo poseo todo, y V. nada, menester será que yo le restituya tanta dicha... ¡Eh!

FERNANDO. — Déjate de esto, mi buen amigo; parto al instante; en el país donde cuento establecerme, no tiene curso esa moneda.

MILLER. — (*Con la vista fija en el dinero, alborozado.*)

Entonces es mio... es mio. Pero siento que V. se vaya... Ya verá V. lo que voy hacer á ahora. ¡Cómo voy á ver colmados mis deseos! (*Se quita el sombrero y lo echa al aire.*) Váyanse á paseo mis lecciones de música; voy á fumar tabaco de los Tres Reyes n.° 5, y el diablo me lleve si en el teatro vuelvo á sentarme en el paraíso. (*Hace que se va.*)

FERNANDO. — Aguarde V. Cállese y métase los cuartos en el bolsillo. Nada diga V. esa noche, y hágame el favor de no dar más lecciones de música.

MILLER. — (*Con entusiasmo creciente le tira de la levita, y le dice con alegría.*) Caballero, ¡y mi hija! (*Le suelta.*) Verdad que no se adquiere con el dinero la honra; no, no se adquiere con dinero. Lo mismo da que coma patatas ó que coma perdices; cuando estoy harto, harto estoy, y ese redingote puede ir tirando mientras no tenga agujeros. A mí unos guiñapos me bastan. Toda esa bendicion de Dios debe recaer sobre mi hija, á qué quieres, boca.

FERNANDO. — ¡Oh!... calla, calla.

MILLER. — (*Siempre entusiasmado.*) Aprenderá el frances á la perfeccion, á cantar, á bailar el minué; pero de modo que se hablará de ella en los periódicos. Gastará gorro como la hija del consejero, y una falda con cola, como dicen, y ha de hablarse de la hija del músico en cuatro leguas á la redonda.

FERNANDO. — (*Le coge la mano, vivamente agitado.*) Cállate, cállate por Dios vivo; cállate por hoy siquiera. Es lo único que te pido en recompensa.

ESCENA VI.

LUISA con la limonada. — Dichos.

LUISA. — (*Con los ojos encendidos de llorar, y con voz temblorosa, ofrece al Mayor el vaso de limonada en un plato.*) V. dirá si le parece demasiado cargada.

FERNANDO. — (*Toma el vaso, lo deja y se vuelve hácia Miller.*) ¡Ah!... Ya casi lo habia olvidado. Perdone V., Miller, si me atrevo á pedirle una cosa. ¿Quiere V. hacerme un pequeño favor?

MILLER. — Mil que sean... ¿Qué quiere V.?

FERNANDO. — Me estarán aguardando para comer y por desgracia no me siento muy bien; me es imposible ver á nadie. ¿Quiere V. llegarse á casa de mi padre, y excusarme?

LUISA. — (*Asustada, interrumpiéndole.*) Puedo ir yo.

MILLER. — Será necesario ver al Presidente, ¿verdad?

FERNANDO. — A él en persona, no. Puede V. dar el recado á un ayuda de cámara. Ahí está mi reloj como en prueba de que va V. de mi parte... A la vuelta estaré todavía aquí... Aguarde V. la contestacion.

LUISA. — (*Con viva inquietud.*) ¿Y no puedo encargarme yo de todo eso?

FERNANDO. — (*A Miller que se dispone á salir.*) Oiga V. una palabra. Tome V. esa carta para mi padre que me dieron esta noche, cerrada como está... Negocios urgentes sin duda. Al mismo tiempo la entrega V.

MILLER. — Está bien, Baron.

LUISA. — (*Se coge á él con la mayor ansiedad.*) Pero, padre mio, si yo puedo encargarme de todo eso...

MILLER. — ¡Sola, hija mia, con una noche tan oscura! (*Se va.*)

FERNANDO. — Alumbra á tu padre. (*Mientras Luisa acompaña á Miller alumbrándole, se acerca él á la mesa y echa un veneno en la limonada.*) Sí, fuerza es que muera; fuerza es. Hasta las celestes potestades parecen hacerme señas de que la mate. Lo quiere la venganza del cielo... Su ángel bueno la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO y LUISA.

(Luisa vuelve con paso lento, deja la luz encima de la mesa, se sienta en extremo opuesto al Mayor, cabizbaja, y mirándole de vez en cuando con cierta timidez. Él permanece en pié al otro lado, fija la vista en el aire. Larga pausa.)

LUISA. — ¿Quiere V. acompañarme, señor Walter?... voy á tocar un poco el piano. (*Le abre. Fernando no contesta. Pausa.*) Me debe V. una partida de desquite al ajedrez. ¿Quiere V. jugarla, señor Walter? (*Nueva pausa.*) ¿Sabe V., señor Walter, que he empezado ya á bordar para V. la cartera que le prometí? ¿Quiere V. ver el dibujo? (*Nueva pausa.*) ¡Ah, qué desgraciada soy!

FERNANDO. — (*Irónicamente.*) Puede ser.

LUISA. — No es culpa mia, señor Walter, si sostengo tan mal la conversacion.

FERNANDO. — (*Aparte, con amarga sonrisa.*) ¡Y qué puedes hacer ¡infeliz! con mi extremada reserva!

LUISA. — Ya sabia yo que no congeniaríamos más. Por eso me asusté, lo confieso, cuando hizo V. salir á padre. Me parece que ese momento ha de sernos insoportable á ambos, y si V. lo permite, iré á buscar algunos amigos mios...

FERNANDO. — Sí, hazlo. Yo iré tambien por algunas amigas.